

1947. pag. 160-185

B-7

Leite de Vasconcellos, Religiões da Lusitania, vol. I, Lisboa, 1897, vol. I. págs. 219, e 237.

Manuel Heleno, Grutas Artificiais do Tojal de Vila-Chã (Carenque), comunicação feita ao Congresso Luso-Espanhol de 1932. Lisboa.

P. Eugénio Jalhay, Afonso do Paço e Leonel Ribeiro, Estação pre-histórica de Montes Claros, Monsanto, (Lisboa), em «REVISTA MUNICIPAL», n.º 20-21.

Manuel Heleno, Comunicações, ainda inéditas, no Instituto Português de Arqueologia, História e Etnografia (Museu Etnológico), Lisboa, em 1945.

Fragoso de Lima, Id. Comunicações (estudos arqueológicos e escavações na região de Moura, a E. do rio Guadiana) em 1945 e 1946.

R-3222

ALMIZARAQUE

LA MAS ANTIGUA EXPLOTACION DE LA PLATA EN ESPAÑA

Por Juan Cuadrado Ruiz

Director del Museo Arqueológico

y Comisario Provincial de Excavaciones de Almería

A un kilómetro escaso de Las Herrerías de Cuevas (Almería), en el centro de un fértil llano que riegan las aguas del Almanzora, a 3 kilómetros del Mediterráneo y a 100 metros de la casa que habitara hasta sus últimos días el sabio arqueólogo, de glorioso recuerdo, don Luis Siret y Cels, se alza el llamado «Cabezo de Almizaraque», frente al de Las Herrerías, a poniente; Sierra Almagrera, hacia el norte y levante; a oriente el Mediterráneo, y el río Almanzora, al sur.

De situación topográfica privilegiada, al final del período Neolítico lo elige por habitación un pueblo venido del Oriente y, que tras probables altercados con los naturales del país, logra imponerse, fija en él su estancia, da comienzo a la explotación de la plata, cuyo aprovechamiento era en absoluto desconocido para los indígenas, y funda aquí una factoría minera cuyos remotos vestigios convierten hoy este yacimiento prehistórico en uno de los más interesantes y de mayor



importancia, no sólo de esta privilegiada zona del Sudeste español, sino de España entera, por múltiples y excepcionales circunstancias y razones.

Las costas de nuestra provincia de Almería, por su especial situación topográfica, fueron algo así como el obligado tope y puerta de entrada a la Península de la cultura ibero-mauritana y de todas las que procedían del Oriente. Fué el Sudeste español —como ha dicho un conocido publicista— la verdadera «boya de amarre» de las primeras civilizaciones. Los ríos Almanzora y Andaráx constituían las naturales entradas a la actual Andalucía, máxime si se tiene en cuenta que, hasta los tiempos de la dominación romana, fueron navegables sus amplios y profundos cauces —como las actuales rías norteñas— en trayectos de relativa importancia, constituyendo para aquellas primitivas naves que surcaron el Mediterráneo magníficos puertos de refugio, de insuperable abrigo contra las tormentas.

En el siglo primero de nuestra Era, Pechina, la antigua «Urci», hoy a 3 kilómetros de la costa, estaba aún considerada como puerto de mar, y varios siglos antes subían por el Almanzora las naves fenicias hasta las proximidades de Herrerías y Almizaraque, tras de rendir ofrendas sus tripulantes a cierta deidad femenina en acción de gracias por su feliz arribo a estas costas o implorando su protección, al hacerse de nuevo al mar, para el mejor éxito de sus viajes y para el buen logro de sus empresas. Testigo de estas preces fué el templo que a la aludida deidad protectora alzaron aquellos audaces navegantes a la entrada de la ría, frente al actual paraje de «Los Conteros», sobre la margen izquierda, aguas abajo, del río que mucho tiempo después había de tomar el nombre del árabe Almanzor, y en las proximidades a la conjunción con éste de la rambla que lleva el nombre de Muléria. Al dar comienzo en 1932 los trabajos de replanteo de la carretera que une en la actualidad Villaricos (la primitiva «Bária») con Herrería de Cuevas, vinieron éstos a servir de auxiliares a los estudios arqueológicos del Sudeste, poniendo

al descubierto las ruinas del templo a la repetida deidad, entre las que hallamos, aparte otros objetos y esculturas interesantes, 207 figuras-ofrenda, en barro cocido, representando el busto de la diosa, varias de ellas con primitivas inscripciones en caracteres púnico-fenicios.

Pero dejemos a un lado tiempos proto-históricos, para volver la vista a los anteriores a la colonización fenicia, ya que de esta última han de hablarnos luego Polibio, Artemidoro, Avieno, Herodoto y demás autores de la antigüedad.

A la circunstancia apuntada de ser navegable el precitado río Almanzora en varios kilómetros, se debió, sin duda, el descubrimiento de los primeros filones argentíferos de España y el comienzo de su explotación en el paraje conocido hoy por «El Hoyo de la Roza» de Herrerías, en tiempos anteriores, repetimos, a la Historia escrita.

¿Cómo debió iniciarse el aprovechamiento de los filones argentíferos de «La Roza»? Acaso no sea preciso dar a la fantasía demasiados vuelos —hechas aquí las excavaciones arqueológicas— para intentar descifrar la clave. Los felices descubrimientos de Sirét en Almizaraque fijan la época del hallazgo de los ricos criaderos de plata en el pleno Eneolítico, más de 1.000 años antes, por consiguiente, de lo que hasta aquí se creyera.

Por el Almanzora penetraron un día, tal vez en viaje de exploración, o acaso —y es lo más probable— en busca de refugio contra algún fuerte temporal de levante que les sorprendiera en su crucero, bajeles venidos del Oriente. Frente al paraje que eligieran para fondeadero de sus naves, río arriba, llamó la atención de los cultos navegantes la intensa policromía y la especial estructura y situación del «Cabezo de la Roza», con su falla geológica inmensa; y al estudiar cuidadosamente los estratos de ésta, aparecieron a los ojos asombrados de los orientales, previos ensayos iniciales y adecuados del mineral, ricos criaderos argentíferos, vírgenes de explotación hasta aquel momento. El descubrimiento de la plata de España significaba para ellos, como también para la historia de

la minería española, un hecho de importancia excepcional y el primer peldaño de una explotación que había de subsistir ya hasta nuestros días, sin interrupción durante más de cuatro milenios.

A aquellos primitivos descubridores, conscientes de la magnitud del hallazgo y hábiles comerciantes —como años después habían de serlo sus descendientes los fenicios— les interesaba muy mucho no abrir los ojos a los naturales del país y no despertar en ellos la codicia; y al efecto, en vez de ilustrarles en el nuevo arte de la metalurgia, traen del Oriente, por su cuenta, un equipo de verdaderos prácticos y ensayadores (de primitivos ingenieros y químicos, podríamos calificarles), quienes se sitúan en el repetido «Cabezo de Almizaraque» y fundan y dirigen la primera explotación argentífera de que se han descubierto indicios en el suelo español, inaugurando así entonces, tras de ensayar convenientemente la ley de los minerales que han de aprovecharse, y en época aún prehistórica —esto es lo interesantísimo del caso— la exportación de los mismos, comercio que, como decíamos, ha de seguir ya, con más o menos intervalos, en el Sudeste español, en siglos sucesivos.

No sería aventurado afirmar que las «Leyendas Heroicas» de los griegos, dentro de lo fabuloso e imaginativo de los relatos, encierran muchas veces en el fondo hechos ciertos y reales, aunque adulterados y desfigurados por la fantasía.

Cuando nos hablan dichas leyendas de la venida a España del mitológico Hércules con los Argonautas y de su triunfo sobre Gerión, éno harán referencia, acaso, a alguna de aquellas remotas expediciones mineras a nuestra zona, llevadas a cabo por los orientales, primeros explotadores del subsuelo de nuestro país?...

Los hallazgos de Siret en Almizaraque, con su ajuar de incontestable elocuencia, dan un mentís a teorías y escritos sobre la época del descubrimiento de la plata española, que hasta aquí fueran tenidos punto menos que como artículo de fe.

Fueron, según Posidonio, los fenicios históricos sus descubridores, y en esta idea abundan Plinio, Estrabón y otros quienes nos hablan con gran lujo de detalles de nuestra primitiva minería. (1) Pero Almizaraque, repetimos, ha venido a poner de manifiesto lo erróneo de tal creencia, ya que muchos años antes de la Fenicia histórica, en el período eneolítico, fué ya explotado dicho importantísimo criadero argéntifero por pueblos extranjeros, iniciándose entonces en realidad los trabajos mineros en nuestra patria, trabajos que progresivamente habían de adquirir importancia extraordinaria y excepcional. (2)

La codicia de sus riquezas mineras atrae luego al Sudeste español diversas invasiones de que nos habla ya la Historia: fenicios, griegos y cartagineses, trabajan con gran intensidad y resultado espléndido el subsuelo de nuestra comarca y el de la inmediata Cartagena. Plinio nos habla aquí de los «Pozos de Anibal» («Putei Hannibalis»). Es tal la riqueza argéntifera de España, que coinciden todos los autores de la antigüedad en afirmar que no ha sido superada, ni siquiera igualada por ningún otro país del Viejo Mundo. (3) Por ello llegan a confundirse a veces, al tratar del tema, leyenda e historia, hasta el extremo de que, en muchas ocasiones, no sea fácil distinguir dónde termina ésta para dar paso a la fábula.

Los arroyos de plata derretida en el incendio de los bosques ... (4); las áncoras de los bajeles fenicios, que eran aquí fundidas en este rico metal, para completar el cargamento, lanzando al mar las que traían de plomo ... (5); las campanas del Templo de Salomón, fundidas en plata pura de esta zo-

(1) «Hispania», de Schulten, págs. 69 a 73.

(2) Siret. «Les premiers âges du metal dans le Sud-est de l'Espagne», primera obra galardonada con el «Premio Martorell», a raíz de su creación por el filántropo catalán homónimo.

(3) Estrabón, 146.

(4) Posidonio.

(5) Diodoro, V. 35.

na...; los toneles y pesebres de plata elaborados por los Turdetanos ... (1).

Es lo cierto que, historia o leyendas, las referencias más o menos exageradas de nuestros ricos criaderos, excitaron la codicia de todos los extraños, y aseguran los mas serios historiadores que el principal objetivo de la conquista de España por los cartagineses, primero, y luego por los romanos, no fué otro que el aprovechamiento de su gran riqueza minera.

Se alza cabezo de Almizaraque en el paraje de la provincia de Almería que apuntamos al principio, siendo las dimensiones del montículo unos 100 metros de longitud por 50 de máxima anchura y 3 a 4 metros su elevación sobre el nivel actual de la planicie, nivel que era más bajo en aquellos tiempos, pues el río Almanzora va rellenando progresivamente con sus tarquines el terreno que fecunda, modificando asimismo, aunque muy paulatinamente, la línea del litoral del Mediterráneo. Tal ocurre, igualmente, con el río Andarax en su desembocadura, y de un modo aun mas palpable, pues está demostrado que cada año avanza allí hacia el mar el terreno 3 metros y 50 centímetros por término medio (350 metros cada siglo), siendo ésta la causa del cambio de estructura de la costa de Almería en pocos años relativamente, según apuntábamos más arriba.

Un foso profundo rodeaba el poblado en todo su perímetro y constituía una magnífica defensa contra posibles sorpresas de los indígenas y tal vez contra los ataques de los lobos, muy abundantes hasta el pasado siglo y acaso aun más, entonces, en nuestro país.

De los enterramientos colectivos, situados siempre fuera del recinto, correspondientes a aquellos remotos invasores, aun puede verse, a 200 metros del cabezo, uno magnífico excavado por Siret años antes que el poblado. Es del tipo «megalítico» y —como los de los Millares de Gádor, de la misma época— de cámara circular cubierta por falsa cúpula, con pe-

(1) Estrabón, 151.

queño corredor de entrada y formada ésta por una gran losa, a manera de puerta, colocada verticalmente y en la que habían practicado una abertura de forma oval. Contenia restos de más de 50 individuos, la mayoría carbonizados por la acción de pequeños hogares encendidos debajo de los cadáveres dentro de la misma sepultura. También dió abundante ajuar propio del pleno Eneolítico, siendo de notar, entre otros objetos que nos hablan de comercio de importación, buen número de cuentas de collar de «callais» (fosfato aluminoso verde, variedad de turquesa, que se encuentra en los filones de estaño, dato significativo sobre todo si se tiene en cuenta la carencia absoluta de este producto en los registros mineros de nuestra zona).

Las zanjas abiertas en el lugar de emplazamiento del poblado durante las excavaciones, nos descubrieron capas superpuestas de tierra y piedras, de distinto espesor: 2 a 3 metros, aproximadamente, hasta llegar al terreno virgen, generalmente arenisco, y que en ocasiones sobrepasan esta medida. Fué en parte origen de estas capas la intencionada nivelación del piso por aquellos extranjeros, y en parte proceden de los escombros de techos y muros derruídos. En ellas encontramos, casi siempre entre cenizas y fragmentos de carbón, vasijas de barro de los tipos característicos de la época, lisas la mayor parte y algunas decoradas con dibujos incisos, que recuerdan los de los Millares, entre ellos, algunos de los del «vaso campaniforme»; piedras de molipos de mano, de forma ovalada, y útiles de hueso y pedernal. Los punzones y espátulas de hueso, finamente pulidos, se encuentran en Almizaraque en número extraordinario, como también los colmillos de jabalí, paquidermo que debió abundar en nuestro país en aquellos tiempos, a juzgar por los frecuentes hallazgos de sus restos.

Son asimismo innumerables las conchas perforadas, que utilizaban como adorno; amuletos y colgantes de piedra, de poco tamaño, de trabajo bastante perfecto, e infinidad de hue-

sos, restos de los animales que les servían de alimento, como también trigo carbonizado, habas, etc. (1)

En la parte del cabezo que mira al sur, junto a un gran silo en cuyo fondo apareció el esqueleto de un toro de buen tamaño —hallazgo que nos indujo a hacer conjeturas por su relación con cierto antiguo culto oriental— descubrimos buen número de interesantísimos huesos con dibujos geométricos de hábil factura y cuyo principal motivo decorativo consistía en dos ojos o soles radiados, completando la decoración series de líneas paralelas, rectas o en zig-zags, motivos ornamentales análogos a los de los ídolos portugueses y al encontrado en Conquero (Huelva), grabado sobre un cilindro de piedra. No está aún completamente aclarado si los precitados dibujos incisos de los huesos de referencia fueron grabados o solamente pintados, habiendo sido atacados, en este último caso, por las sales del terreno las superficies del hueso no protegidas por la pintura y dándoles dichas sales con su acción mecánica el aspecto de grabado intencionado que ofrecen.

Es también muy digno de notar otro objeto, al parecer de tocado femenino. Consiste en una placa de hueso artísticamente decorada con dibujos incisos y geométricos, y que acusan en su autor un hábil artífice. Siret conceptuó dicho objeto como un adorno femenino para la cabeza, algo así como una primitiva y original peineta. En todo su contorno presenta una serie de agujeros dispuestos, al parecer, para ser fijada sobre el moño, bien con el mismo cabello de su dueña o con fibras o hilos. Recuerda su perfil el de los pintorescos y artísticos moños llamados «de picaporte» que aun lucen en su tocado las mujeres de algunos pueblos de España, entre

(1) Los incendios, frecuentes en aquellas viviendas de techos de cañas, sogas de esparto y barro, y por tanto, de muy fácil combustión, vinieron a resultar unos poderosos auxiliares de los estudios arqueológicos, ya que, gracias a ellos, se conservaron en sus primitivas formas, aunque carbonizados, cereales y otros productos de la naturaleza o de la industria humana, que dada su condición deleznable, no hubieran podido llegar de otro modo hasta nuestros días.

ellos Mojácar, de idéntica forma a la del objeto que nos ocupa. Algunos han creído ver en éste un idolillo, que recuerda por su forma de 8 los llamados «de Hissarlik», y por su decoración las interesantes placas de pizarra portuguesas, pudiendo conceptuarse el curioso objeto de Almizaraque —como afirma el profesor H. Breuil— como el resultado de la fusión de estos dos tipos.

Por último, en las excavaciones llevadas a cabo en Portugal en una cueva sepulcral eneolítica de la Aldea de Alapraya, cerca de Estoril, y a unos 18 kilómetros de Lisboa, por los arqueólogos portugueses P. Eugenio Jalhay y Afonso do Paço, (1) aparecieron, entre otros muchos objetos, dos sandalias de piedra, de forma y tamaño parecidos al encontrado en Almizaraque (2), pero sin decoración. Como por la gran fragilidad de la substancia de que están hechas no podemos pensar que fuesen destinadas al uso diario, cabe suponer con A. do Paço si se trataría de sandalias votivas, simbólicas del viaje a ultratumba, o de objetos usados en algún ceremonial religioso.....

También aparecieron en algunas capas, entre los escombros de viviendas destruidas en Almizaraque por algún incendio, tejidos de esparto, carbonizados, que con los hallados por Góngora en la «Cueva de los Murciélagos», de Albuñol, (Granada) —y en cuya autenticidad creo firmemente— (3) y en la «Cueva de los Blanquizares de Lébor» por el autor de estas líneas, vienen a echar por tierra otra errónea creencia, muy arraigada antes de estos descubrimientos: la de la pre-

(1) Véase en el tomo 1.º, pág. 213 de la obra «Corona de Estudios», editada por J. Martínez Santa-Olalla, el trabajo «Sandalias de Alapraya», por A. do Paço, de la Academia Portuguesa de la Historia.

(2) Las Sandalias de Alapraya miden 21 centímetros de longitud y el objeto de Almizaraque 29.

(3) En mi trabajo «Excursiones Arqueológicas: De Almería a la Cueva de los Murciélagos en Albuñol (Granada)», dedico unos renglones al recientemente discutido tema de la autenticidad de los objetos de esparto hallados en dicha notable estación prehistórica por D. Manuel de Góngora y Martínez.

tendida importación del esparto a España, ya en plena época histórica, por los cartagineses (1).

Asimismo, abundan en el yacimiento de Almizaraque los tolmos de barro medio calcinados, con huellas perfectamente definidas de las sogas de esparto y de las cañas y los maderos que formaban las techumbres de las casas. También han quedado al descubierto varios silos que servirían para conservar los víveres, los granos principalmente, y acaso fuesen fondos o sótanos de viviendas.

Por último, entre el gran número de instrumentos de piedra que encontramos (pasan de dos mil los descubiertos hasta el día en Almizaraque), abundan las hachas de diorita, fibrolita, etc. pulimentadas; las hojas de sílex, de buen retoque; las puntas de flecha, idem, con aletas y pedúnculo, algunas de muy notable talla, fabricadas «in situ», como lo prueban los desperdicios hallados con gran profusión en diferentes puntos del yacimiento; magníficos ejemplares de puñal, de buen tamaño, también en sílex, con muescas para fijarlos convenientemente al mango o empuñadura; cuentas de collar, de «callais», etc.; una curiosa estatuilla representando una deidad femenina, acéfala, con gran triángulo sexual de cierto carácter asirio por el decorado de éste, y a la que bautizamos con el nombre de «la Venus de Almizaraque», que aunque en arte no iguale, ni con mucho, a la de Milo, la supera, no obstante, en antigüedad. Siret conceptuaba dicha figura como una de las representaciones de la diosa de la maternidad. También aparecieron otros idolillos de piedra, pero en los que la estilización de la figura humana ha llegado al máximo de esquematismo; un centenar de hachas planas, punzones, cínceles, etc. de cobre. Todo el material en resumen, y todos los restos de construcción —salvo unas sepulturas de época visigótica que descubrimos superficialmente en el cabezo al

(1) Estrabón lo creía de importación fenicia, como la palma y el algodónero. Plinio y Mela aseguran fueron los cartagineses sus importadores. («Hispania» de Schulten, pág. 62).

iniciarse las excavaciones— pertenecen a la plena época Eneolítica perfectamente definida, y sitúa, por consiguiente, la estación de Almizaraque entre las más importantes de la etapa de transición de la piedra a los metales, de cuya cultura posee la provincia de Almería, como es sabido, varios y muy notables yacimientos, uno de ellos importantísimo, también descubierto y excavado por Siret, estación universalmente conocida y a la que hicimos antes referencia: «Los Millares de Gádor», que debieran llamarse de «Santa Fe», por ser en realidad en el término municipal de esta última población, y no en Gádor, donde radican «Los Millares».

Sorprende, a primera vista, la falta absoluta en el poblado de Almizaraque y en las sepulturas contemporáneas de aquél, de toda clase de objetos de plata, máxime conociendo, como conocían, la elaboración de dicho metal aquellos primeros explotadores de nuestra riqueza minera. A poco que se medite sobre el caso, se comprenderá la verdadera causa de esta aparente anomalía, que no es otra, según apuntamos más arriba, que el decidido propósito de aquellos astutos comerciantes de seguir ocultando a los naturales del país el verdadero valor e importancia del rico metal, que, en la totalidad de su producción, exportaban a su metrópoli.

Ello continuó hasta el período inmediato: el de la invasión de los pueblos importadores del bronce, quienes vienen o nuestro suelo, no como «parásitos», como hicieran los anteriores, sino a quedarse ya aquí definitivamente, conviviendo y acabando por fundirse con los indígenas, tras de seguras luchas en que al fin lograrían dominar por su táctica guerrera y gracias sobre todo a la superior calidad de sus armas de combate.

Cabe pensar, si, para captarse los nuevos invasores la confianza y la amistad de los naturales del país, les abrirían a éstos los ojos sobre la verdadera explotación de que estaban siendo víctimas por parte de aquellos desaprensivos navegantes.

A esta época de los comienzos del Bronce en España, lla-

mada de «El Argar», por la estación arquetipo de esta cultura, (1) corresponden los más antiguos objetos de plata encontrados en nuestra nación y que abundan ya en todas las estaciones correspondientes a aquel período —«El Argar», «La Fuente del Alamo», «Gátar», «El Oficio», etc. (Almería); «La Bastida de Totana» (Murcia); Monachil (Granada); etc.— habiéndose hallado en todas ellas, con profusión, sortijas, pendientes, pulseras y hasta alguna diadema del rico metal.

Diversos autores, siguiendo a Bosch Gimpera, conceptúan a las gentes de la cultura del Argar, no como invasores, sino como verdaderos indígenas que, progresivos, llegaron a conocer las ventajas de la aleación del cobre con el estaño, consiguiendo el bronce, metal que por su mayor dureza y resistencia, y por consiguiente, de muy superior utilidad y aplicación representaba un avance marcadísimo en el arte siderúrgico (2).

Don Luis Siret le creía sinceramente equivocado en dicho punto, aunque respetaba su teoría.

Entre las muchas razones que se podrían aducir en contra de la opinión a que arriba aludimos, expondré solo tres:

1.^a La falta absoluta, en nuestra zona, del estaño, —primera materia, como es sabido, con el cobre, para la fabricación del bronce— hizo imposibles aquí los previos ensayos, y por consiguiente, el descubrimiento del nuevo metal, que tuvo necesariamente que ser importado. Creer, por otra parte, que al venir a este país los invasores, trajesen a los indígenas el estaño y los ilustrasen en la elaboración del bronce, siendo aun sus enemigos, parece también algo pueril. Ello hubiese equivalido a dar armas los invasores a sus contrarios los naturales del terreno, en su propio perjuicio.

(1) Se alza «El Argar» sobre la margen izquierda del río de Antas, frente a la población de este nombre, en el Partido Judicial de Vera (Almería), y fué descubierta y estudiada la notable estación por los hermanos Luis y Enrique Siret. (Véase la obra precitada «Les Premiers âges du metal»...

(2) Debió influir, sin duda, en el ánimo del Sr. Bosch Gimpera la opinión de su Maestro Dr. Hubert Schmidt, quien no había visitado «El Argar»... (V. la Memoria número 8 de la Comisión de Invest. Paleont. y Prehist. de la Junta para ampliación de Estudios e Invest. científicas. Madrid, 1915).

2.^a Las fortificaciones y medidas defensivas, realmente extraordinarias para aquella época, que se observan en las ruinas de las ciudades de la cultura del Argar y el emplazamiento estratégico que daban los argarienses a las mismas, son razones que apoyan y confirman nuestra tesis. Siendo indígenas, siendo —en otras palabras— la gente del Argar los verdaderos y antiguos dueños del país ¿a qué ahora, de pronto y sin ninguna invasión en nuestro suelo de otro pueblo poderoso que atentase contra su integridad, a qué —repito— tanto prevenirse y aislarse «dentro de su misma casa»?... Y esto, además, a raíz de haber descubierto un metal de tan subido valor y resultado para sus armas de guerra, como era el bronce, que había necesariamente de darles manifiesta superioridad sobre sus enemigos...

Y 3.^a El cambio absoluto, radical y brusco que advertimos en todo el ajuar funerario, y podríamos añadir, hasta en las ideas religiosas, contradice igualmente la teoría del señor Bosch y resta fuerza a los argumentos que pudieran aducirse en apoyo de ésta.

Según se ha comprobado de modo que no ha lugar a dudas, los indígenas habían efectuado hasta entonces los enterramientos en dólmenes o panteones colectivos, o en cuevas sepulcrales, pero siempre fuera del recinto de las poblaciones. Las ofrendas a sus muertos revelan cierta delicadeza, cierta «finura aspiritual», cabría decir, a juzgar por el ajuar descubierto en aquellas sepulturas. De pronto, cambia en un todo la decoración. En vez de utilizar panteones colectivos aislados, efectúan los enterramientos bajo el suelo de las mismas viviendas, como temerosos de la profanación de los cadáveres de sus deudos por gentes enemigas que les rodean. Aparecen generalmente los cadáveres replegados dentro de grandes tinajas de barro cocido —por excepción, en la provincia de Almería, en cistas de piedra, destinadas al parecer aquí a sepulturas de jefes, a juzgar por su más importante ajuar funerario—, tinajas que contienen las más de las veces un solo cadáver y excepcionalmente dos, y en este caso, siempre de hom-

bre y de mujer. A las simbólicas y con frecuencia artísticas ofrendas y pequeñas vasijas, muchas de ellas finamente decoradas con dibujos incisos (de los que constituyen una magnífica muestra los del «vaso campaniforme») y hasta con pinturas, en algún caso, (1) —ofrendas con que parecían querer honrar «espiritualmente», digámoslo así, a sus muertos— observamos ahora en la cultura argárica (aparte las sencillas joyas de su uso y aparte también las vasijas siempre lisas, sin ninguna clase de decoración, y las armas de cobre o bronce con que los entierran) la carencia absoluta de aquellas ofrendas de orden simbólico.

Las gentes del Bronce, ofrendan a los cadáveres vasijas con abundante comida, y a veces también, fuera de ellas, grandes trozos de carne, como hemos podido comprobar en las excavaciones de ciudades argáricas de esta zona, donde encontramos en muchas de las sepulturas grandes huesos de buey, «magníficos bistéks», como decía humorísticamente Si-ret cada vez que aparecían los restos de alguno....

Además de un marcadísimo retroceso en ciertos órdenes, acusa todo lo expuesto un cambio tan brusco, tan completo y tan inexplicable si seguimos la opinión de Bosch Gimpera, que nos impide conceptuar a los argarienses como indígenas descendientes directos de los eneolíticos españoles, y nos hace ver claramente en la cultura del Argar el resultado de una invasión de otra raza distinta, que aquí se sitúa y se impone por la fuerza de las armas, aunque, andando el tiempo, acabará por fundirse con los naturales del país, como en otro lugar dejamos dicho.

Una de las más importantes observaciones hechas al excavar el poblado de Almizaraque, fué la siguiente: Entre las capas superpuestas, de que antes hablamos, con frecuencia se encuentran en los pisos de las casas, y a veces fuera de ellas,

(1) En el Musco Arqueológico Provincial de Almería puede verse un interesante ejemplar con pinturas geométricas en rojo, de líneas en zig-zag, procedente de «la Cueva de los Blanquizares de Lébor», magnífica y rica sepultura colectiva, descubierta por el exponente en término de Totana (Murcia).

unas «eras» o «parvas» con tierras y pequeños fragmentos de minerales procedentes del próximo criadero de Las Herrerías. En estas eras se hacían indudablemente los «demuestres», casi igual que en la actualidad se siguen aun haciendo, y en algunas de ellas hemos encontrado raederas y rastrillos de hueso, labrados al objeto, y que empleaban entonces para remover y mezclar el mineral, como hoy aún se hace de forma idéntica al cabo de cuarenta siglos.

Casi todo el mineral hallado en Almizaraque procede del repetido criadero de Las Herrerías, incluso las piedras que utilizaron para la construcción de las paredes de las primitivas viviendas, y como detalle curioso e interesante, anotaremos una observación de Siret —cultísimo Ingeniero de Minas, como es sabido, a más de gran Arqueólogo— observación que a muchos nos habría pasado sin duda inadvertida: Dichas piedras (mineral de hierro, baritina, etc.) no fueron recogidas superficialmente, sino cortadas en canteras o galerías, y ello lo demuestra el hecho de que conservan vivos sus cantos —cosa que no hubiera ocurrido de estar las piedras expuestas al desgaste de los agentes exteriores— apreciándose aún en muchas de ellas muescas producidas por el sistema de explotación, que es el que los actuales canteros llaman «de cuñeros», por las cuñas —antes de piedra y de madera y ahora metálicas— con que parten y separan los bloques de mineral.

Como —fuera de la plata— no existen en el cabezo de Herrerías otros minerales beneficiables que el hierro y la baritina, y como, por otro lado, carecían éstos de valor para aquellos primitivos explotadores, era, pues, la plata el único producto que aquí ensayaron y exportaron.

Debo consignar un hecho que, al parecer, contradice lo expuesto anteriormente. En las parvas a que se hace referencia, hemos encontrado en ocasiones granzas de minerales de cobre, muchos de ellos medio fundidos y mezclados a veces con los mismos pequeñísimos fragmentos, a los que los mineros denominan «perdigones», de dicho metal. Pero hay que acla-

rar, primero: Que estos minerales no proceden del inmediato cabezo de Las Herrerías, sino de otros criaderos más lejanos, aunque también probablemente, de la cuenca del río Almanzora, y segundo, y esto es lo esencial: Que dichos minerales cobrizos son con frecuencia notablemente argentíferos, según han demostrado los análisis. Esto viene a confirmar, una vez más, que fué la plata la principal mira que en sus exploraciones guió a aquellos orientales.

Al tratar de los objetos que hemos hallado en Almizaraque, dejé de propósito de consignar en la reseña de los mismos dos de gran interés y cuya descripción encajaba más de lleno en esta parte de mi trabajo: las «punterolas» de piedra y los pequeños hornos de fundición.

De las primeras, encontramos algunas, en pedernal, de sección cuadrada, con inequívocas señales de haber sido utilizadas para abrir los cuñeros en las canteras, prueba palpable de lo primitivo y remoto del procedimiento.

Los astutos orientales, tras de captarse la confianza de los indígenas con dádivas y promesas, comerciarían con ellos, adquiriendo aquellos «pedruscos», que a los naturales del país no les servían para nada —y que éstos arrancarían del criadero por los medios y procedimientos entonces a su alcance, como éste de las punterolas del pedernal— a cambio de perfumes, collares y demás baratijas importadas del Oriente y a cambio también de bellas puntas de flecha, talladas en sílex, verdaderas obras de arte, en que eran los tallistas orientales y africanos consumados maestros y que constituirían, sin duda, para los ingenuos naturales del país lindos objetos de altísimo valor y aprecio.

Por último, unas palabras sobre los pequeños hornos de fundición que sirvieron para sus ensayos a los orientales, y de los cuales nos proporcionaron varios ejemplares las excavaciones.

Se componen estos de una solera de tierra refractaria, en forma de crisol alargado; la bóveda la formaban numerosos arcos, también de tierra refractaria yuxtapuestos, con sendos

agujeros en los extremos, y a su lado encontramos unos tubos de barro, que indudablemente debieron servir a los hornos de chimenea. Podemos calificarlos, a la vista de sus características, como verdaderos hornos de reverbero.

Otro detalle que nos muestra el superior nivel cultural de aquellos remotos explotadores de la plata de España y sus conocimientos de la metalurgia es el siguiente, que copio del notable informe que, sobre los trabajos de excavación de Almizaraque y por encargo de la entonces «Junta Superior de Excavaciones» y a ruego de Siret, a quien interesaba muy mucho la opinión de otras personas competentes e imparciales, sobre la importancia excepcional de Almizaraque, emitieron dos verdaderas autoridades en la materia, como lo son, en el aspecto arqueológico, D. Pedro Bosch Gimpera, prehistoriador de renombre universal, y en asuntos mineros, el competentísimo Ingeniero de minas y profesor de la Escuela de Ayudantes facultativos D. Francisco Luxán Zabáy, con cuya antigua amistad también me honro.

El párrafo a que aludo dice así:

..... «La naturaleza de los minerales argentíferos de Las Herrerías es excepcional, pues mientras la casi totalidad de la plata del mundo se presenta acompañando a la galena o sulfuro de plomo y a otros sulfuros de aspecto metálico, la de Herrerías se encuentra en estado de cloruro, sin relación alguna con sulfuros y diseminada con excesiva irregularidad en los diferentes terrenos permeables del criadero, o sea en las arenillas, en las tierras ferruginosas y minerales de hierro, en la baritina terrosa (todos ellos carentes de aspecto metálico) y también en las grietas de las partes duras de las mismas sustancias.

..... De ahí la necesidad de hacer ensayos y tomas de muestras previas, antes de llevarlos a tratamiento metalúrgico»

Todo viene a confirmar las afirmaciones de Siret de que el descubrimiento y el tratamiento de la plata de Herrerías, como también los utensilios y procedimientos empleados en

los ensayos, revelan en aquellos orientales un superior nivel cultural que les permite el empleo de prácticas muy adelantadas en el arte de la metalurgia en una época en que los habitantes de nuestro país se encontraban aún en la etapa final de las edades de la Piedra.

Los hallazgos de Almizaraque —como asegura muy acertadamente el señor Bosch Gimpera— constituyen un testimonio de valor extraordinario para la definición y la cronología de la cultura eneolítica de España y aún de la minería prehistórica de Europa. Las observaciones de Siret, hechas con su proverbial agudeza y percepción, rigor de método y detenido estudio, deben considerarse en un todo acertadas, habiendo sido realmente una fortuna que las excavaciones de Almizaraque se hayan llevado a cabo bajo la dirección del sabio investigador que a más de arqueólogo notable y excavador benemérito de la región Sudeste durante medio siglo; era, repetimos, ilustre Ingeniero de minas, especializado precisamente en el aprovechamiento y explotación del rico criadero argentífero de Las Herrerías, siendo, como arriba quedó dicho, los actuales métodos de explotación (curiosa coincidencia que también se presta a consideraciones) la continuación de los empleados hace unos miles de años y con grandes analogías con aquéllos, como antes hicimos notar al hablar de los «demuestres».

Como decíamos al principio, la excavación de Almizaraque, desgraciadamente, no llegó a terminarse. La muerte sorprendió al Maestro cuando aún faltaba allí mucho por hacer. Pocos días después de su fallecimiento, se recibía en la Delegación de Hacienda de Almería la segunda cantidad que el Estado asignaba para la prosecución de los trabajos. Yo no me atreví a seguirlos, y aquellas pesetas fueron devueltas a Madrid. El libramiento llegaba tarde...

De todos modos, lo excavado hasta el día constituye para arqueólogos y prehistoriadores un libro abierto de magnífica lectura. Siret, aunque no con la pluma, pues no tuvo ya tiempo para ello, «escribió» con lo descubierto en Almizaraque los primeros admirables capítulos. ¿Quién será capaz de escribir los últimos?...